

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
C.P.O. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO II.

PRECEDENTES.

Preciso es, para seguir la ilacion exacta de los sucesos, que dé á conocer á Pascual el Calafate con todos los detalles de su vida y de su carácter. Son casi todos los personajes de esta leyenda seres á quienes he conocido, y de la mayor parte de los sucesos puedo hablar con certeza porque los he presenciado; por eso no hay exagerados rasgos ni situaciones violentas. Es la verdad de los hechos y están presentados tales como acentecieron, sin que la imaginacion les añada un solo rasgo. Los recuerdo como si los estuviera presenciando, y otros los conservo en la memoria, procurando trasladarlos al papel como los trasladaria al lienzo si manejase el pincel en vez de la pluma. Hace de esto mas de diez y siete años y aun existen algunos de los personajes: ellos dirán si hay ó no exactitud, si he desfigurado algun carácter ó he dejado de bosquejar alguno de los tipos especiales de las personas que tomaron parte en los sucesos.

Hablando de Pascual, vais á saber quién era.

Marinero de los mas esertos, habia servido en la tripulacion de un buque mercante que hacia sus viajes á Barcelona, la corbeta *Clementina*, propiedad de don Romualdo de Torres.

En uno de sus desembarques en Barcelona, dícese que Pascual dejó su corazon envuelto en las amorosas redes que le tendió una esbelta catalana. De individuo de la tripulacion pasó á piloto despues de los estudios necesarios, y por último fué nombrado capitán.

Siguieron los viajes y siguieron los amores de Pascual, cuyo término fué de los mas felices.

La bendicion de la Iglesia dió la ventura á aquellos dos corazones amantes.

Andando el tiempo, el cielo les concedió un hijo.

Era Julio.

El padrino de Julio fué el padre de Clementina.

Hé ahí las relaciones que existian entre los dos jóvenes para vivir bajo un mismo techo en la mayor parte de los dias de la infancia, en los albores risueños de la vida; hé ahí por qué se amaban.

Don Romualdo habia ofrecido á Pascual el Calafate (se le llamaba así por el oficio de su padre), costear los estudios de Julio cuando llegase á la edad á propósito.

La esposa de Pascual, que veia crecer á Julio, sentia el deseo de que Dios la concediese una hija; pero como vió sus deseos frustrados, adoptó una huérfana llamada Rosalía, que á medida que fué creciendo, la naturaleza la adornó de todas las gracias que pueden constituir el encanto de una mujer.

Amante de sus padres adoptivos hasta el extremo, vivia

entre las caricias maternales de la honrada esposa de Pascual y de los consejos morales de éste.

Rosalía y Julio corrían por la orilla del mar mirando las olas que espiraban á sus piés y sin poder explicar la impresion que recibían al escuchar el eterno suspiro del Mediterráneo, á quien Dios ha dado por cárcel movediza arena para contener el rabioso empuje con que inundaría la tierra á ser posible.

Pascual y su esposa, desde la casa que jamas abandonaron, los contemplaban con una emocion inexplicable.

Una de aquellas veces en que esto sucedía, era una tarde á la caída del sol; habia llovido, y en los reflejos de la luz de aquel astro bosquejábanse en las nubes del arco iris, esa prueba patente de que los colores son hijos de la luz.

¡Qué momentos aquellos tan apacibles y serenos para los dos esposos y para los dos inocentes seres que vagaban buscando nacaradas conchas entre las arenas de la playa!

¡Con cuánta frescura respiraban el ambiente y qué dulce éxtasis producía en las almas!

—¡Cuántas veces, decía Pascual, he deseado que apareciese el arco que se presenta á nuestros ojos, y cuántas veces he escuchado la oracion de los hombres de corazon mas duro pidiendo entre el espantoso eco de las tempestades, que la estrella de los mares hiciese brillar esos colores, esperanza del marinero entregado al furor de las olas!

El espectáculo que entonces tenían los dos esposos ante su vista se comprende, pero no puede trasladarse al papel.

La luz incierta del sol casi en su ocaso, vertiendo sonrosado color en todos los objetos. El mar reflejando con varias tintas las nubes que cruzaban el espacio. Allá á lo lejos las embarcaciones del puerto desplegando las velas para enju-

garlas, y el arco iris que aparecía como bañando en el Mediterráneo uno de sus extremos, y apoyando el otro en el cabo de la huerta. He ahí el cuadro.

Margarita, la esposa de Pascual, estaba entregada á la contemplacion de la naturaleza; sin cerrar los ojos y estrechando con sus manos las de su esposo, dejaba ver en su sonrisa un placer que extasiaba su espíritu.

—Mira, Pascual, decia ella con emocion, todo cuanto nos rodea es hermoso, consolador, y parece que nos anuncia la felicidad de aquellos dos ángeles de nuestro corazon que terminan el cuadro.

Y señalaba, al decir esto, á Rosalía y á Julio, que corrían alegres jugueteando con las olas, que tambien pudiera decirse que jugueteaban con ellos.

¡Qué felices iban á ser los dos!

—Buenos y virtuosos vivirán el uno para el otro, y llegará un dia en que la bendicion de la iglesia estreche más el lazo que los une, y serán lo que nosotros somos. Ellos aprenden unas mismas oraciones, respiran una misma brisa y viven con nuestro ejemplo.

Aquella mujer gozaba con las ilusiones de un porvenir no sembrado por negra desengafios; ni la mas ligera nube empañaba entonces el claro cielo que se abria ante su imaginacion de madre.

Pascual la escuchaba atentamente, y sentia latir su corazon y sus manos se estremecian.

Pero la realidad, sin contar con los deseos y los presagios de la madre cariñosa, vino lentamente á destruir cuantas ilusiones se habian concebido en aquella tarde de ensueños y poesía.

El catabio dió lugar á otras ilusiones, á otras esperanzas.

Julio pasaba la mayor parte de los de los dias en casa de Clementina cuando los juegos infantiles recreaban su espíritu, y el aura de la inocencia daba á su frente el atractivo de la candidez.

No es del caso repetir que el tiempo fué despertando en ellos el verdadero sentimiento, esa purísima emanacion que es vida de nuestra vida, ese no sé qué misterioso, cuyo nombre se ha gastado ya por las distintas aplicaciones que ha obtenido; los materialistas lo han endurecido, y algunos espiritualistas lo han elevado al infinito.

Aquellos dos jóvenes se amaban con un amor de esos de novela.

Su amor era la realizacion de un pensamiento inocente, el aroma virginal de una flor que los ángeles vivifican con su luz y adornan con sus colores.

Julio empezó los estudios, como antes se ha dicho, y se apartó del peligro que preveía en una pasion que lo impulsaba hácia un sér del cual se imaginaba distante por su posicion, que comenzaba ya á comprender y que adivinaba claramente.

Rosalía habia alentado en su pecho la pureza de un amor fraternal; pero llegó un dia en que la tristeza hizo perder la vivacidad de su carácter.

La muerte de su madre adoptiva llegó á herirla profundamente.

El cólera, que tantos estragos habia hecho en Alicante, envolvió á aquella familia en la mas desconsoladora amargura.

Julio y Rosalía lloraron, y sus lágrimas se confundieron vertidas por el mismo dolor. Miradas dolorosas se cruzaban entre los dos, y un silencio interrumpido por los sollozos de Rosalía reinaba en la pobre estancia.

Pascual los contemplaba pensativo y con los ojos humedecidos por las lágrimas.

Quizá recordaba aquella venturosa tarde en que la madre de Julio señalaba á los dos como emblema de la felicidad.

Entonces los colores del iris brillaban en el cielo; el venticillo de la tarde como el aliento de la esperanza, refrescaba sus sienas. La mirada de su esposa era un rayo de consuelo y de amor.

Pero en este momento la oscuridad del cielo, las sombras de la noche y los mismos aéres que alegres recorrían la orilla del mar, se hallaban ante su vista desconsolados y tristes.

¡Qué escenas tan distintas y cómo se recuerdan en los instantes en que la desgracia viene á imprimir en nosotros la huella de los dolores!

Pascual y Julio iban todos los días á casa de su protector don Romualdo. Clementina esperaba la hora con impaciencia, y se veía en su semblante súbita transformación cuando entraba su compañero de la infancia, su amante ya.

Así pasaron algunos años.

Clementina adorando á Julio con frenesí.

Rosalía, la pobre Rosalía no sospechaba siquiera que Julio pudiese amar á otra mujer como á ella.

Y vertía lágrimas de placer cuando él la respondía con fraternal cariño; «sí, te quiero, te quiero.»

Un día estaba esperando á Julio con la inquietud de un corazón enamorado, y saliendo y entrando de la puerta de la casa á la habitación de Julio, pensó distraerse escribiendo hasta que él llegase.

Sentóse ante la mesa que su hermano adoptivo tenía para estudiar.

Empezó á leer algunos manuscritos esparcidos sobre ella

sin orden ni concierto, y encontró su nombre escrito en aquellos papeles, pero también leyó otro nombre muy querido para ella.

El nombre de Clementina.

Quedó pensativa breves momentos, cubriendo los negros ojos con la mano en que apoyaba la cabeza.

—¡Ah! sí, dijo pasando un instante, la hija de nuestro protector, mi querida Clementina, mi hermana, como ella quiere que la llame.

En el alma de Rosalía no habían podido penetrar los celos; ella creía muy justo el afecto de Julio hácia aquella criatura.

¡Pobre Rosalía...! ¡Quién sabe si las ilusiones que vivificaban su espíritu como el céfiro de la mañana y como el murmullo de las olas, duraría mucho tiempo!

¡Quién sabe si ese suspiro que entonces exhalaba tranquila sería arrancado del alma en breve por el dolor y el sufrimiento!

Pascual había creído realizar las esperanzas de su esposa.

—Julio y Rosalía se aman; sus deseos se verán satisfechos, decía enternecido algunas veces, cuando veía la tierna solicitud de la graciosa criatura, aquel afán con que esperaba su llegada y la tristeza que la dominaba en cuanto dejaba de llegar á la hora de costumbre.

Un día en que Julio tardaba mucho, la pobre Rosalía estaba desesperada, y Pascual se encaminó hácia la casa de su protector para hacerle volver con el objeto de manifestarle alguna cosa que hervía ya en su mente. El honrado Pascual sacó una especie de carta cerrada antes de salir de su casa y la besó.

Dos lágrimas asomaron á sus ojos.

Rosalía no pudo contener un suspiro del alma al ver el respeto y la veneración con que acercaba á sus labios aquella carta.

Julio iba ya hácia la casa, cuando encontró á su padre. —Venía buscándote, le dijo éste, porque tengo que hablarte de un asunto muy grave.

Ambos se dirigieron pensativos á la casita del arrabal.

Rosalía los distinguió desde muy lejos, y la animación brilló en sus ojos, y la gracia de su sonrisa volvió á estrechar sus labios.

¡Con cuánto placer estrechó las manos de Julio!

Era la noche de las fiestas cuya descripción da comienzo á estas páginas, la noche de aquellas danzas que se celebraban en el arrabal de marineros y pescadores que entonces parecía casi independiente de la ciudad, aunque hoy se confunde con ella, perdiendo en la pureza de las costumbres y ganando en ilustración y cultura.

Tales son los efectos de esa luz bienhechora que se llama civilización.

Rosalía, como ya se ha dicho, salió aquella noche á bailar, y aún tal vez con harto disgusto por su parte.

Antes de esto ocurrió un detalle que no debe pasar desapercibido para los que siguen el hilo de la narración.

Rosalía se acercó á Clementina antes de tomar parte en la danza, y la besó con el más tierno cariño y estuvieron largo rato entretenidas como pudieran estarlo dos hermanas en sus confidencias.

¡Cuán lejos se hallaban de sospechar siquiera los sentimientos que la desgracia tal vez había hecho germinar en sus corazones candidos é inocentes como los suspiros de la brisa!

Terminó la fiesta, según he dicho, y sufrieron Clementina y Julio cuanto es imposible de expresar con palabras.

Porque no hay voces para el sentimiento que se anuncia tan solo por gemidos angustiados del corazón.

Pero aun faltaba una desgracia; aun la infortunada suerte les deparaba mayores desventuras.

Rosalía, al despedirse aquella noche, como todas, para dirigirse á su habitación, cogió la mano de Julio que se hallaba con la vista fija en el suelo y en el mayor abatimiento.

—¿Qué tienes? le preguntó con ese acento suave de la mujer enamorada.

El silencio de Julio la sorprendió.

Él, que nunca se había mostrado tan indiferente al parecer; él, que siempre había pronunciado palabras de consuelo para su espíritu, mudo y silencioso no respondió á su voz.

—¿Es que no me amas?

—Sí, bien lo sabes, como hermana, como amiga de mi alma.

—Como hermana, como amiga de tu alma...

Apenas pudo Rosalía pronunciar estas palabras que espiraron en su garganta. Bajó los ojos, imprimió un beso en las manos de Julio y una lágrima vino á caer sobre ellas.

Con paso trémulos y sofocando los latidos de su corazón, se dirigió á su aposento, dió una última mirada á Julio, cerró la puerta y se entregó á la expansión de su dolor.

Las flores cayeron de su cabeza marchitas, y arrodillándose ante una imagen del rostro del Redentor colocada en una especie de urna con infinidad de adornos é iluminada por dos luces, exclamó con acento desgarrador:

—¡Santísima faz divina, ten piedad de mí!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, COAHUILA

CAPITULO III.

LA ROMERIA.

Habia llegado la época del año en que el pueblo alicantino celebra una romería á la Santa Faz, pueblecillo distante media legua de la ciudad, reducido caserío que tomó el nombre de un convento que allí se elevó al divino rostro del Redentor, porque según la tradición, aseguran los viejos haberse aparecido en aquellos lugares una imagen del rostro de Jesucristo impreso con su sangre en el lienzo con que le enjugó la Verónica.

La creencia religiosa está arraigada en el alma de los alicantinos, y á ella acuden en sus calamidades y desventuras.

La romería es en la ciudad de Alicante objeto de diversion y algazara. Todo el día se ve el camino poblado de un inmenso gentío. La dilatada llanura que se extiende al pié de una eminencia en que se halla colocada la cruz de piedra, está cubierta casi en su totalidad de gentes que cantan y bailan y rien con el mayor entusiasmo. Es un espectáculo

admirable el que se distingue desde aquella altura. Una alfombra verde aterciopelada deleita la vista, infinidad de árboles diseminados aquí y allá, casitas blancas como la nieve aparecen envueltas en el verde ramaje, con cuyo color contrasta el azul de las olas que van á murmurar á la costa, ciñendo con su cinta de espuma la derecha de aquel cuadro encantador.

Figuráos un sol hermoso apareciendo entre el azul eterno de los cielos y el plácido oleaje del Mediterráneo; las montañas con una tinta sonrosada y misteriosa; los campanarios de los distintos pueblecillos que se ven en la llanura, reflejando los rayos primeros de la luz del sol y apareciendo envueltos en una nube de fuego; el aliento suave de la brisa; imaginaos todo esto, animado por el bullicio y la alegría del pueblo, y tendreis una idea aproximada de la escena.

Este dia es para los ancianos el punto de su peregrinacion en la tierra, en que echan una cana al aire. Las muchachas se reúnen y gozan para todo el año; los niños lo desean como un dia grande, y para todos existe atractivo á él.

Trasladaos con las poderosas alas de la imaginacion á aquel sitio pintoresco y á aquella fecha, y escuchad el confuso trópel de voces é instrumentos que todo lo llena.

Allá á la sombra de un olivar, se vé un grupo de muchachas que saltan como cabritillos y bailan alegres.

De su centro han salido algunas canciones por el estilo de la siguiente:

Marinerito le quiero,
marinerito ha de ser,
si no es marinerito, madre,
monjita me meteré.

En ese grupo se halla Rosalía sencillamente vestida. Sus ojos se dirigen al cielo y parece que entristece su espíritu la alegría que la rodea. A pocos pasos de donde se halla, está Julio pensativo y esperando al parecer la llegada de alguno. Miraba hácia el camino de Alicante. De cuando en cuando volvía la cabeza para mirar á Rosalía, y quedaba reflexionando sin duda su posicion. Por su mente cruzaba tal vez la idea de lo que su padre queria, y un siniestro presentimiento le hacia fruncir el ceño y palidecer.

—Clementina está ya tranquila, decia él con respecto á lo ocurrido en la noche de las danzas. Se ha convencido de la equivocacion de Rosalía.

Julio procuraba disimular á los ojos de Clementina la desgraciada pasion de aquella.

Las dos candorosas criaturas estaban destinadas por la suerte á sacrificarse mutuamente. Amando como ellas amaban á Julio, podria formarse una idea de su intenso dolor.

La fatalidad, si es que pueden así llamarse ciertos acontecimientos inexplicables, las habia lanzado á un mismo camino como arranca el huracan de su tallo dos florecillas que unidas crecieron.

Las dos, puras como el suspiro de los ángeles, sientan lo mismo, y en el mismo sér concentraban las emanaciones de su alma.

Y ellas se amaban tambien. Si Clementina desfalleció aquella noche, fué al sospechar la realidad que estaba amenazándola.

Y sospechaba bien; pero Julio pudo desvanecer la sospecha para que no sufriese tanto.

Las lágrimas de Rosalía habian abrasado las menos de

este, y en aquellos momentos recordaba sin duda el efecto que hicieron en su corazón aquellas lágrimas y el misterio que revelaba con ellas. En estos pensamientos vagaba su imaginación lejos de la algazara que le rodeaba, cuando un carruaje iba en dirección de la Santa Faz. Fijó su atención en él, brillaron sus ojos, caló su sombrero de paja después de haber saludado con él á los que iban en el carruaje, y dirigiéndose á su padre, que se hallaba sentado al pié de un frondoso árbol, le pidió permiso para ir á saludar á los recién llegados. Rosalía le siguió con la vista y con el corazón.

—¡Nos dejaste! murmuró Pascual; anda con Dios, y mira lo que haces.

Julio meditó un momento; miró á Rosalía, y pronunció un adiós que parecía indiferente, pero que era la revelación de los tormentos de su alma.

Subió en el carruaje de los padres de Clementina, el cual se confundió muy pronto con los infinitos que recorrían el camino.

Don Romualdo preguntó á su hijo con verdadero interés: —¿Por qué no viene Rosalía?

Y Julio contestó que había quedado acompañando á su padre.

Rosalía no le perdió de vista; se apartó, para verle mejor, del grupo de sus alegres compañeras.

—¡Dios mío! Si ama á Clementina como yo creía ser amada, hazlos más felices que á esta pobre mujer.

No pudo concluir la frase, y cayó junto á una de sus amigas que procuró tranquilizarla.

Pascual acudió presuroso, y tembló al sospechar la causa de aquel suceso.

—Mañana, decía el infeliz padre, mañana desaparecerán los misterios de esta fatalidad. Tú, pobre esposa mía, ampara á esta huérfana desconsolada desde la mansión de los justos.

Iba terminando el día, y con él la broma y el jaleo de aquellos lugares.

El camino quedó en breve casi desierto, apenas el oscuro velo de la noche envolvió á la tierra entre sus sombras.

La familia de Clementina volvió á su morada, y Julio, al entrar en la suya, encontró la tristeza más profunda.

Rosalía no estaba allí; preguntó Julio por ella, y Pascual respondió que estaba descansando. Hallábase Pascual sentado junto á una mesa de la entrada, con la cabeza entre las manos y en el silencio más significativo.

—¿Qué es esto, padre mío? preguntó Julio admirado.

—Ve á tu habitación, consulta los hechos en que toman parte los seres que te rodean, y explícate lo que aquí sucede. Mañana comprenderás tu posición en estas circunstancias.

—¡Yo, padre!... balbuceó Julio con los ojos humedecidos y suspirando amargamente. Lo sé; creo comprender lo que sucede.

De repente los ojos de Pascual y su semblante tomaron una expresión de ternura indefinible, y casi llorando preguntó á su angustiado hijo:

—¿Amabas á tu madre?

Julio se arrojó á sus brazos sin responder una palabra, y le estrechó contra su pecho.

—¿Tendrías valor para cumplir su última voluntad?

—Sí, padre mío, sí, tendré valor, tendré valor.

Besó la mano de su padre, y éste le besó en la frente exclamando:

—Dios bendice á los buenos hijos. El cielo premia á los que han sido buenos con sus padres, concediéndoles hijos que los aman y veneran de todo corazón. Tú eres bendito del Señor, y tu madre te lo premiará desde el cielo.

Después de la escena anterior, Julio se retiró á su habitación y esperó con impaciencia la alborada del siguiente día. Fácil es de comprender de qué modo pasaria la noche entre las terribles dudas que le asaltaban. Acudia al santuario de su conciencia, y no se levantaba en su seno ni una voz que le acusara.

En vano procuraba distraerse revolviendo los libros y papeles. Pronto los dejaba cansado, y con paso desigual cruzaba su habitación en distintas direcciones. Así pasó la noche. Al amanecer abrió los balcones, y la tibia claridad del alba penetró por ellos. La calma y el silencio reinaban en la naturaleza. El mar aparecía inmóvil. Nada para Julio tenia animacion. Ni las avecillas cantaban alegremente, ni el aura llevaba dulces encantos á su oido. Negra trieteza envolvía su alma, y era imposible que la tierra y el cielo se presentasen á sus ojos con la poética aureola de la felicidad. Efecto prodigioso del alma sobre la naturaleza.

Cuando la desgracia os haga verter lágrimas de dolor; mirad al cielo y llorará con vosotros; mirad á la tierra y escuchad los acentos que de ella nacen; gemidos tristes serán los cantares de la avecillas, y el suspiro de las auras será como el vuestro, melancólico y triste.

Abrióse de repente la puerta de la estancia y entró en ella Pascual con un pliego cerrado entre las manos. Julio se sor-

prendió al verle. Sentáronse ambos, y ya los pálidos rayos del sol, esos primeros rayos débiles y misteriosos, reflejábanse en una de las paredes del modesto cuarto de Julio.

—Creo, empezó á decir el honrado patron Pascual, que he cometido una indiscrecion al sospechar que tú amabas á Rosalía.

—Yo la amo, padre mio, la amo; interrumpió precipitadamente Julio.

—¿Pero la amas hasta el extremo de hacer su felicidad? ¿No amas á otra mujer?

Julio bajó los ojos y calló.

El esperaba ya semejantes preguntas con harto dolor de su corazón.

—Sé lo que debemos á un protector, cuya bienhechora mano ha hecho nuestra fortuna, y sé que tu porvenir á nadie mas que á él lo debes, continuó Pascual; que si has interesado tu corazón y tu palabra, padecerás en estos instantes horriblemente. Yo no puedo imponerte obligaciones con respecto á este punto, y te quiero, bien sabes lo que te quiero, más que á mi vida..... Pero esa infeliz criatura te adora..... y tu madre.....

Pascual no pudo terminar la frase, porque se ahogaba.

—Mi madre..... Siga usted.

En este instante un rayo de sol reflejaba en el retrato de la madre de Julio colgado de la pared, é iluminaba su frente con una tinta misteriosa dando brillo á aquellos ojos.

Una especie de temor religioso sorprendió el espíritu de Julio, que dirigía en aquel momento una mirada tierna y respetuosa al retrato de la que lo llevó en su seno. Sus ojos se inundaron de lágrimas. Pascual estaba dominado por el mismo sentimiento. Si esto era una casualidad, hay casualida-

des que imponen y anonadan. El corazón abatido deja fácil paso á las leves impresiones que se avengan con su dolor. Y eso se llamaría por algunos supersticiosa preocupación. Pero la desgracia debilita las fuerzas del hombre, y le hace juguete de un levísimo soplo de las auras de la noche.

Levantóse Pascual enternecido, entregó silenciosamente á su hijo el pliego que traía, y sin despegar los labios, alejóse de la estancia. Julio quedó extático, contemplando con pasmados ojos el papel que tenía entre sus manos, y después de algunos instantes, procuró abrirlo. Era letra de su madre. Temblaron sus manos, cerráronse sus ojos, y apareció en ellos una lágrima que fué á bañar el papel. El contenido de la carta era el siguiente:

«Hijo mio! Un ángel que me deparó el cielo para consolar mis desgracias; una mujer que hoy merecé toda la intensidad del amor que ella te profesa, pide por mi labio un corazón como el tuyo.»

Después de un momento de silencio continuó:

«El único medio de premiar los sacrificios que ha hecho por tí sin que lo supieras, es el de encontrar en tu alma una pasión que la haga feliz. Creo que veré desde el cielo cumplidos mis deseos. Sí, hijo mio, sí; une tu suerte á la de Rosalía. Haz la felicidad de esa huérfana; vive para su ventura, que en tí consiste. Tú la amas y tu felicidad será la suya el día en que os bendiga mi espíritu desde la otra vida.

«Adios, hijo mio. Estas líneas no las leerás hasta mucho tiempo después de haber abandonado yo la tierra. No te impongo en ellas obligación: es un deseo.»

—¡Madre de mi corazón! exclamó al terminar la lectura interrumpida por los suspiros de su alma y por la violenta

agitación de su espíritu. ¡Dios mio... Dios mio! ¿Qué exiges á este desgraciado? ¡Qué va á ser de mi triste corazón!...

Cayó desfallecido sobre la silla. Pascual y Rosalía entraron con la mayor zozobra y trataron de animarle.

El padre de Julio procuró ocultar el papel que había caído al suelo y en el cual fijó Rosalía su vista.

Los labios de Julio pronunciaron el nombre de Clementina.

El esfuerzo de la pobre criatura que se hallaba presente, no puede concebirse con facilidad sin sentirlo. La sangre se agolpó por un instante á su frente, palideciendo sus mejillas. Tenía el corazón desgarrado. Ni una lágrima se vió brillar en sus ojos; pero iban cayendo sobre su corazón, en donde comenzaban á sentirse los primeros rúmenes de la tempestad.

Pascual quedó como sin fuerzas para conducir al lecho á su hijo.

¡Pobre padre! tenía ante su vista la perspectiva del sublime sacrificio de una alma pura y angelical como la de Rosalía.

Pasaron muchos días y Clementina esperaba impaciente á Julio.

Don Romualdo había enviado á casa de Pascual para enterarse de si había ocurrido alguna novedad en ella, y supo que Julio se hallaba ligeramente indispuerto.

La pobre Clementina preguntaba todos los días por él y encargaba á María que fuera á saber el estado de su salud.

Si hubiera sabido la infeliz que las oscuras nubes de tenebrosa realidad iban ennegreciendo el horizonte de sus ilusiones..... ¡cuán grande hubiera sido su desengaño!

Pasó el tiempo y llegó un día borrascoso de esos en que los levantes reinan impetuosamente en las costas del Mediodía allá por el mes de Setiembre. Los marineros inteligentes aseguraban que se aproximaba la tempestad. Nubarrones de

color ceniciento oscurecían la luz del sol y el mar con tranquilidad aparente reflejaba en su oleaje las pálidas sombras de aquellos que aparecían pesados y lentos vagando por la atmósfera sofocante y caliginosa.

—Tío Quico, decía en su dialecto alicantino uno de los barqueros que se hallaban en el muelle, se me figura que dentro de poco tiempo van á llamar las mujeres á Santa Bárbara bendita y nosotros á San Telmo, para que guarde á nuestros hermanos, los que ahora no tengan mas amparo que cielo y agua.

—En cuanto levante el *lebeche* la cabeza, ya la tenemos, respondió con seguro acento otro barquero viejecito que tenía todas las trazas de haber servido muchos años á bordo de alguna embarcación de gran porte.

—Amarra cables listo y vamos adentro.

—¿Le parece á usted que abandone yo mi puesto hoy, cuando estoy encargado por don Romualdo para esperar á *La Clementina*?

—Tienes razon, Faelico, y ojalá que no haya tenido la tripulación ningun golpe. ¿Y estás seguro de que se aguarde hoy?

—¡Bál... ¿Pues qué, Pascual *el calafate*, que es el que me lo ha dicho, no tendrá razon para saberlo?

—Hombre, y ahora que lo nombras, tú no sabes nada de lo que se cuenta en el arrabal Roig sobre su retirada de la casita y la carrera de su hijo... y si aquella chica tenía algo con él ó si no tenía. Y si la hija de don Romualdo... y si...

—Tío Quico, tío Quico, ahí hay mucho que rascar, y se ha armado... un temporal mas grande que el castillo. A mí me ha dicho mi mujer en secreto que los padres de la señorita Clementina quieren mucho al chico, y no saben nada de

esos intríngulis, y están esperando la llegada de su sobrino para casarlo con ella; pero...

—¡Qué te decía yo! exclamó el tío Quico al oír el estampido de un trueno ya bastante próximo; ahí tenemos á San Pedro mudándose de casa, y yo me voy á la mia, porque ni la ocasion ni el punto son lo mas á propósito para enredarnos en conversacion.

El tío Quico encasquetóse la gorra de pelo hasta las orejas, encubrió las manos en los bolsillos de su largo chaqueton, y despues de inclinar la cabeza hácia el pecho aumentando la corcova de su espalda, dirigióse á la puerta del muelle, encaminándose á su casa.

Faelico caló hasta las cejas su gorro catalan, colocó sobre sus hombros un jaique, y levantando su capucha, fué á refugiarse á una de las casitas de carabineros.

No tardó mucho tiempo en divisarse á lo lejos entre la espesa neblina que levanta de los mares la lluvia, una embarcación que venía impulsada á embestir junto al Babel.

—*La Clementina!* dijo una voz ronca que salió de uno de los muchos buques atracados al muelle.

El marinero que esperaba corrió hácia la casa de don Romualdo y le participó la noticia. La incertidumbre y el dolor aparecieron en los rostros, porque se aseguraba que habia sufrido averías considerables.

Lo cierto es que estuvo á pique de quedar encallada en las arenas del Babel junto á la playa.

Las pérdidas fueron bastantes. Y se decía que en aquel viaje un golpe de mar habia arrojado al agua á uno de los individuos de la tripulación.

Don Romualdo salió precipitadamente hácia el muelle.

A los pocos instantes estrechaba en sus brazos á su so-

brino Carlos, y enterado de que no habia perecido nadie, le acompañó hasta su casa.

La madre de Clementina y esta hallábanse ocupadas en labores domésticas detras de los cristales del balcon. Ignoraban lo ocurrido porque don Romualdo habia querido sorprenderlas con la llegada de Carlos. Habia éste formado planes en los primeros años de su vida sobre su porvenir, casándose con su prima Clementina.

Los padres aprobaron esta union y la deseaban.

Oyóse ruido en la escalera. Clementina salió á abrir, y quedó suspensa y admirada al ver á su primo; la alegría apareció en su semblante. Estrecháronse las manos. Carlos se dirigió á dar un abrazo á su tia. Despues de los primeros instantes en que el recién llegado contó los azares de la vida del mar y en que bendijeron todos á la Providencia que le salvara, Carlos buscó en los ojos de su prima un amor que no existia. Así pasó algun tiempo, entre las pruebas de amor de Carlos, y nada mas que el puro afecto fraternal de Clementina para él.

La madre de Clementina comprendió que en el alma de su hija no existia la pasion que habia supuesto hácia su primo, y procuró investigar la verdad para no sacrificarla. Sospechó que era Julio el hombre que habia despertado en ella una verdadera pasion, una pasion que no pensaba evitar aunque fuese posible.

Una mañana, hallándose Clementina en su habitacion, tenia los ojos fijos en el cielo y en las manos un retrato.

La madre entró, sorprendiendo en aquel éxtasis de amor á la infeliz criatura, y de aquella entrevista resultó el desistimiento por parte de los padres de Clementina sobre el enlace proyectado.

—Ansiaba el momento de revelártelo, madre mia..... Sufría mucho, dijo Clementina.

—Hija mia, Julio merece tu amor, es digno de formar parte de nuestra familia, y será una felicidad para nosotros. Carlos se convencerá de que le quieres como á un hermano y sufrirá.

Clementina cayó de rodillas á los piés de su madre, y estrechando sus manos, las besó con la mayor efusion.

Julio estaba esperando en la sala, y las dos mujeres se dirigieron hácia él.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. YES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

29939